

se presentó á su madre y le dijo : « El rey de » Paris no existe ya, señora; y ahora lo soy » yo. Ella le contestó : Quiera Dios que esa » muerte no os haga rey de nada. Está bien » cortado, hijo mio, pero ahora es preciso co- » ser. ¿Habéis tomado todas vuestras disposi- » ciones? » Poco despues murió Catalina, reco- » mendándole que se reconciliase con el rey de » Navarra. Era un mujer cuyas acciones podrán » ser dispensadas por las inhumanas necesidades » de la política (1), nunca por las de la moral.

1589.
3 de
enero.

En breve conoció Enrique que no era verdad lo que le habian insinuado, que *muerto el perro se acabó la rabia*. Debíó haber sitiado inmediatamente á Paris, y haber prendido á los Diez y Seis; pero habiendo vacilado en hacerlo, estos armaron la ciudad, y se vistió el pueblo de luto; adornáronse las iglesias de crespones; los predicadores excomulgaban al asesino; se colocaban en los altares estatuas del rey hechas de cera, pinchándolas con alfileres, como si quisieren darle muerte; aun á los buenos parecia legitima la Liga contra un asesino; y la Sorbona declaró que no se debía fidelidad á un rey pérfido, y dispensó á los Franceses de la obediencia. El haber dejado Enrique en libertad á los jefes que tenia presos, dió al vulgo nuevo atrevimiento; estalló el tumulto, y el duque de Mayena fué nombrado jefe de la Liga y teniente general del Estado y de la corona. Entónces ya no son solo los aristócratas los que forman parte de la Liga, sino que esta se hace democrática, y se proclama el derecho del pueblo sobre los tronos. « La voluntad de Dios hace » los reyes y se manifiesta por la voz del pue- » blo. El reino de Francia es electivo; el » título de nobleza es personal y no es noble » quien no es virtuoso (2). » Pero no habia llegado aun el tiempo de amalgamar el Catolicismo con las ideas democráticas.

10 ju-
lio.

Enrique no tiene ya otro camino mas que echarse en brazos de los hugonotes, y ejecutando lo que algunos años ántes le habria salvado, se dirige al Navarro, que se arroja á sus piés y le acoge con amistad sincera (3), y unidos marchan con gruesas fuerzas á sitiar á Paris. Sixto V, que ya habia citado al rey para que se justificase del asesinato del cardenal Guisa,

(1) Decía Enrique IV al presidente Claudio Groulard : « Decidme por Dios, ¿ qué habia de hacer una pobre mujer que quedó viuda con cinco hijos á su cargo y dos familias, la nuestra y la de los Guisas, que querían invadir el trono? ¿ No debia buscar recursos extraordinarios para engañar á unos y á otros y al mismo tiempo salvar, como lo hizo, á sus hijos, que han reinado sucesivamente por la sabia conducta de una mujer tan perspicaz? Yo me maravillo de que no lo haya hecho peor. » *Mém. de Groulard*, en el tomo XLIX de la coleccion de Petitot, pág. 384.

EUGENIO ALBERI, en el *Ensayo histórico sobre Catalina de Médicis* (Florencia, 1838), trata de defenderla con razones y documentos, es decir, manifiesta que en tiempos tan difíciles no se podia obrar de otro modo. Lo mismo se encuentra en Capeligue, *Hist. de la Réforme*.

(2) Escritos de la Liga citados por Luis Blanc. *Historia de la Revolución*.

(3) Mornay escribia al Navarro : *Señor, habéis hecho lo que debíais y lo que ninguno de nosotros debió indicaros.*

le excomulgó entónces; y Jacobo Clemente, jóven fraile jacobino, ignorante, fanático y presuntuoso hasta el punto de creerse instrumento inmediato de la Providencia, excitado por los Diez y Seis y por la Montpensier, asesinó al rey. Le prendieron y sufrió con valor los tormentos; así fué que se le consideró en el cielo por la ceguera é intolerancia del siglo, y hasta fué venerado como santo. Pero ¿ no vemos tambien á Andres Chenier y á Klopstok hacer la apoteosis de Carlota Corday? ¿ No celebra toda la juventud alemana á Sand, matador de Kotzebue? ¿ No se nos pondera y ensalza todos los días en las escuelas el heroísmo de Harmodio, de Timoleon y de Mucio Escóvola (1)?

2 agos-
to.

CAPÍTULO XXV

Los Borbones.

Enrique III murió sin ser llorado de nadie, y recomendó para que ocupase el trono al rey de Navarra, diciendo á este : *No le ocupareis jamas, si no os hacéis Católico*. En realidad correspondia la herencia real á Enrique de Borbon, aunque era pariente en vigésimosegundo grado, por haberse extinguido la rama de los Valois; pero en vez de gritarse segun costumbre *El rey ha muerto! ¡viva el rey!* quedaron perplejos los ánimos. ¿ Permanecerian unidos al príncipe apóstata, á pesar de la excomunion, los Católicos que estaban en el ejército? ¿ le aceptarían los príncipes de la sangre y los que le habian ofendido? ¿ y sus correligionarios que temian les abandonase? Y él ¿ cómo debia obrar? Si se decidía por los hugonotes, perdía á los Católicos y robustecia la Liga, si por los Católicos, apénas le quedaban unos pocos. Sin embargo, jura á estos que se instruirá en su fe, que restituirá á los eclesiásticos los bienes que los protestantes les habian quitado, y que no permitirá un nuevo culto sino donde ya estuviese tolerado: en su consecuencia muchos príncipes le reconocieron por Enrique IV, otros quedaron disgustados, y otros le decian : « Sois » el rey de los valientes, y solo los cobardes » desertarán de vuestras filas. »

Enri-
que IV.

La Liga celebró la muerte de Enrique, en lo cual manifestó tener muy poco decoro; la Montpensier, orgullosa incitadora de los enconos de entónces, que se jactaba de haber conseguido mas por medio de sus predicadores que todos los coligados juntos con sus intrigas, armas y soldados, fué corriendo á Paris á anunciar la fausta noticia y hacerla publicar en los pulpitos; cantaban al mártir Clemente y á su madre: *Bendito sea el vientre que te llevó, y el seno que te ha amamantado*. Y como el hereje Bearnes

(1) Napoleon dejó un legado al que habia intentado asesinar á Wellington. Desde entónces acá se han ido aumentando los asesinatos políticos, y mucho mas desde 1848, y estamos oyendo hacer su apoteosis.

no podia consagrarse rey, Guisa habia muerto y Mayena preferia dominar detras de otro, se proclamó con el nombre de Carlos X al cardenal de Borbon, que era prisionero del Bearnes. Pero la fortuna coronó los esfuerzos y la generosidad de Enrique IV, el cual animaba á los soldados combatiendo como un soldado y les decia : *Si perdéis las insignias y las banderas, os serviré de guia mi penacho blanco*: al verlos huir, les dice : *Volvéos, que si no queréis combatir, á lo ménos me veréis morir*; al verse vencedor les grita : *Compañeros, perdonad á los Franceses*. Aunque Mayena prometió llevar atado á Enrique y hasta se alquilaron ventanas para verle, este venció á los coligados en Arques (1) y en Ivry, y bloqueó de nuevo á Paris. Todo era desconcierto en esta ciudad; el papa se mostraba de mala gana enemigo de un príncipe que esperaba se convirtiese; Mayena no tenia bastante resolución para ser jefe de partido, y segun la expresion de Sixto, *empleaba mas tiempo en comer que Enrique en dormir*; el rey de España derramaba dinero, pero con la esperanza de llevar la corona á su familia, y ya hablaba en tono de rey y era servido por el fanatismo de los Diez y Seis, pero se opuso una faccion francesa á la española, y multiplicó los trastornos interiores.

1589-90.

Habia en la ciudad doscientas treinta mil personas con víveres para un mes; pero el oro de España y las exhortaciones de la Montpensier hicieron que se tolerasen muy graves sufrimientos; los predicadores fanáticos tronaban de tal manera que Enrique decia : *Todos mis males proceden del pulpito*. Por fin, no hubo otra cosa que comer mas que una mezcla de pizarra, heno, paja y huesos, que se llamaba el pan de madama Montpensier. Enrique queria evitar un asalto, esperando reducirlos por hambre; sin embargo, socorria á los hambrientos, y recibia las bocas inútiles que echaban fuera de la plaza (2). Alejandro Farnesio, duque de Parma, héroe contemporizador, llegó de los Países Bajos con veinticinco mil soldados de España, prolongó el sitio suministrando víveres á la ciudad, y despues se volvió atras siendo vencedor sin combatir. La Sorbona condenó á muerte y á excomunion al que tratase con el Bearnes, ó creyese que podia darse el trono de Francia á un hereje; el nuevo pontífice Gregorio XIV, adicto á Felipe II, envió dinero y armas á los coligados, declaró á Felipe hereje relapso, y ex-

(1) En la noche de aquella batalla escribia á Luis Crillon : *Rabia, valiente Crillon. Hemos peleado en Arques, y tú no estabas allí. Adios, valiente Crillon, te amo por el derecho y por el reves. Y aquel Crillon á quien Enrique, siendo ya rey, decia : Este es el mas valiente de mi reino. — Mentis, señor, le respondió, lo sois vos.*

(2) Decia *qu'il aimerait quasi mieux n'avoir point de Paris, que de l'avoir ruiné par la mort de tant de personnes*. Habiendo sido cogidos unos aldeanos que llevaban grano á Paris y conducidos á la horea, encontraron á Enrique, á quien dijeron que lo habian hecho porque no tenian otro medio de vivir. Perdon, perdon, exclamó Enrique, y registrándose los bolsillos, les dió el poco dinero que encontró en ellos, añadiendo : *El Bearnes es pobre; si pudiese, os daria mas.*

comulgó á los que continuasen favoreciéndole. Pero sus bulas fueron quemadas por el verdugo y batidas sus tropas.

Entretanto la Liga se habia dividido en bandos; los Diez y Seis que, apoyados por España, eran los que cometian vejaciones, principiaron á derramar sangre y á ejecutar suplicios, hasta que advirtiéndolo Mayena los destituyó y los castigó. Reunidos los Estados Generales, Felipe trabajó abiertamente para dar la corona á un Austriaco, y horrorizados los Franceses del peligro de que así sucediese, moderaron su averision á Enrique IV. Este decia al cardenal de Gondi y al arzobispo de Lyon : « Por tener una » batalla daria un dedo y dos por la paz gene- » ral; pero es imposible hacer lo que me pedís. » Amo á mi ciudad de Paris, mi hija primogé- » nita, mi amada, y quiero por tanto tener con » ella mas gracia y mas piedad de la que me » pide. Pero deseo que me lo agradezca y que » reconozca que este bien lo debe á mi cle- » mencia, no al duque de Mayena ni al rey de » España... Yo soy el verdadero padre de mi » pueblo, semejante á la verdadera madre de » Salomon. Casi preferiria no haber tomado á » Paris á haberla arruinado y destruido, despues » de haber causado la muerte á tantos desgra- » ciados. Los de la Liga, que son todos Españoles » ó *españolizados*, por el contrario no tratan de » evitar en lo mas mínimo que Paris sea mal- » tratado, siempre que consigan alguna parte » en él. No pasa un solo dia sin que los arra- » bales de Paris sufran una pérdida del valor » de 50,000 francos por efecto de las demoli- » ciones que hacen los soldados, esto sin contar » los muchos infelices que mueren. Ademas, » señor cardenal, debéis sentir lástima, porque » son vuestras ovejas, de cuya sangre debéis » dar cuenta á Dios hasta la última gota, y tam- » bien vos, señor de Lyon, que sois el primado » de los demas obispos. Yo no soy buen teó- » logo, pero sé lo necesario para deciros que » Dios no quiere que tratéis de ese modo al » pobre pueblo que os ha encomendado, aunque » sea para tener propicios al rey de España, » Bernardino Mendoza y al señor legado... Pa- » garéis en el otro mundo la pena que por ello » hayáis merecido. Y ¿ cómo esperáis conver- » tirme á vuestra religion, si os importa tan » poco la vida de vuestras ovejas? Esta es una » triste prueba de vuestra santidad, y yo me » quedaria muy poco edificado... »

El buen sentido, que se habia extraviado con las argumentaciones escolásticas y las fanáticas declamaciones, volvió al buen camino por medio de la *Sátira menippea*. En ella cinco ó seis bebedores entusiastas de Rabelais y de los antiguos lanzaban en medio de las risas y de las botellas golpes mortales contra la Liga, censurando todos sus actos y mezclando á Aristófanes y Luciano, á los Jesuitas y Lutero, á Mayena y Gargantua, el Evangelio y el Digesto, y transformando en dos charlatanes los partidos de España y de los Guisas. Fué obra popular cual

1591.

Sátira
menippea.
1593.

ninguna, en la cual bajo la fisonomía de cada actor de la Liga se presenta una de las pasiones humanas; de tal manera que los accidentes pasajeros forman las eternas luchas de la naturaleza humana. El pueblo solo veía en ella la parte mas ligera, pero se impresionaba y respondía á aquel llamamiento al buen sentido, en el que se le revelaban las exageraciones de los coligados, la crueldad de los Diez y Seis, y el peligro de caer bajo una terrible dominacion extranjera.

Ademas por todas partes se repetían las palabras ingeniosas, militares, generosas y benévolas de Enrique y aquellas proclamas suyas, escritas por Mornay, en quien nacía la elocuencia de nobleza de sentimientos. Pintaría mal á aquel rey el que nos le presentase como un hombre indiferente á todas las religiones y no creyendo en ninguna: sus cartas nos manifiestan que estaba agitado del deseo de conocer la verdad en asunto de tanta importancia (1). Se le habian hecho un poco sospechosos los jefes protestantes, al considerar que trataban de arruinar el reino, renovando el feudalismo y las dominantes aristocracias; al paso que entre los Católicos veía gente de honor y adicta á la nacion y á la corona. Él descubrió lo que una política capciosa habia ocultado á sus predecesores, es decir, que debía buscar apoyo, no en una nobleza dividida y turbulenta, sino en el pueblo, compadeciéndole por los males que habia sufrido y llamándole á tomar las armas,

(1) Es precioso el *Recueil des lettres missives de Henri IV*, publié par M. BERGER DE XIVREY. Paris, 1843. En el está la siguiente, dirigida al arzobispo de Ruan en 1583:

« Mon cousin, j'ay receu vostre lettre, et croy volontiers que l'affection que vous me portés et à la grandeur de nostre maison, vous fait parler. Le bruit que vous dictes de mon intention d'aller à la cour, est très vray. Toutes les fois que je verray plus d'utilité pour le service du roy, à y aller qu'à demeurer icy, je seray prest à partir; et les choses, grâce Dieu, s'achementent tellement en ces quartiers, que je espère que ce sera bientost. Mais sur ce que vous adjonstés, que pour estre agréable à la noblesse et au peuple il faudroit que je changeasse de religion, et me representés des inconveniens si je suis autrement, j'estime, mon cousin, que les gens de bien de la noblesse et du peuple, auxquels je désire approuver mes actions, m'aimeront trop mieulx affectionnant une religion, que n'en ayant du tout point. Et ils auroient occasion de croire que je n'en eusse point, si, sans consideration aultre que mondaine (car aultre ne ni allégues en vos lettres) ils me voyoient passer d'une à l'autre. Dictes, mon cousin, à ceulx qui vous mettent telles choses en avant, que la religion, s'ils ont jamais seue ce que c'est, ne se despoille pas comme une chemise; car elle est au cœur, et grâce à Dieu, si avant imprimée au mien qu'il est aussi peu à moy de m'en despartir, comme il estoit au commencement d'y entrer, estant cette grâce de Dieu seul et non d'ailleurs. Vous m'allégues qu'il peut me savenir au roy et à monsieur. Je ne permets jamais à mon esprit de pourvoir de si loing à choses qu'il ne m'est bien séant ny de presvenir ny de prévoir et n'assignay oncq ma grandeur sur la mort de ceulx auxquels je dois mon service et ma vie. Mais quand Dieu en auroit ainsi ordonné (ce qui n'advienne), celuy qui auroit ouvert ceste porte, par la mesme providence et puissance nous scauroit bien applanir la voie; car c'est luy par qui les roys resgnent, et qui a en sa main le cœur des peuples. Croyez moy, mon cousin, que le cours de votre vie vous apprendra qu'il n'est que de se remettre en Dieu qui conduit toutes choses, et qui ne punit jamais rien plus severement que l'abus du nom de religion. Voilà, mon cousin, mon intention, en laquelle j'espère que Dieu me maintiendra. »

no en favor de los Católicos ni de los hugonotes, sino en nombre de las miserias propias, en favor de la Francia contra los trastornadores de todos los partidos, y por el restablecimiento de la paz y de la justicia. Fuese por cálculo ó por sentimiento, Enrique IV abjuró por segunda vez del protestantismo por la religion de sus abuelos; por lo cual su partido se engrosaba de día en día y al fin se hizo consagrar en Châtres.

Destruído ya el pretexto, del cual se servían los demócratas de Paris para excluir del trono al heredero legítimo, salió Mayena de la ciudad, y el pueblo empezó á pedir á Enrique, el cual hizo su entrada triunfal con mas pompa que ningun otro rey del mundo. Á los que querían separar á la multitud les decía: « Dejadlos que se aproximen, están hambrientos de ver al rey, » y añadía: « Vengo acompañado del olvido de los errores, y del recuerdo de los servicios. » Tuvo el talento de inspirar aun á los soldados sedientos de venganza los impulsos de su alma noble, y hacer de ellos instrumentos de clemencia; así es que cuando les mostraban á los enemigos mas encarnizados, respondían: « Esos no conocen á nuestro buen rey. » Algunos habian cerrado las puertas, pero Enrique exclamó: « Nada de barreras. ¿No creen en mi perdon, ó se consideran indignos de él? Entónces que acompañen al embajador de España y al cardenal. » Cuando estos se fueron con las tropas, él les gritaba desde la ventana. « Memorias á vuestro protector, y hasta nunca. » La misma noche se puso á jugar á las cartas con la Montpensier.

Las anécdotas tienen importancia tratándose de un rey tan bondadoso, á quien dejamos de admirar para amarle.

Entretanto Clemente VIII « para no perder la Francia con la tardanza como Clemente VII habia perdido á Inglaterra con la prisa, reconcilió á Enrique con la Iglesia (1). Las ciudades del reino imitaron á Paris; los señores de las provincias que pensaban hacerse independientes, se sometieron; los Españoles volvieron á hacerle guerra, y fueron derrotados, y en fin el mismo Mayena fué á pedir gracia á Enrique. Estaba muy grueso, y el rey dió con él un rápido paseo y le cansó: entónces le decía riendo: « Este es el único daño que os haré. »

En efecto, para aplacar á tantos partidos se necesitaba semejante clemencia y un gobierno de buen juicio, de alegría, de lealtad, de economía y fundado en la benevolencia del pueblo. En la corte todos abrigaban rencores, recuerdos de ultrajes, y sentimiento de haber perdido su autoridad; el rey no hubiera podido colmarles de honores y de riquezas, pero se mostraba con ellos sincero y afable; procuraba que se distrajesen contando sus empresas, jugando y cazando; cuando solicitaban de él algun acto ar-

(2) La columna de la plaza de Santa María la Mayor de Roma, fué erigida en memoria de este suceso.

bitrario, respondía: *Me lo prohiben dos amos, Dios y la ley*. Daba empleos á sus antiguos enemigos, asemejándose al químico que sacaba del veneno el antidoto; y decía que la satisfaccion de una venganza dura un momento y la de la clemencia es eterna. Al embajador turco que se admiraba de que tuviese tan escasa guardia le dijo: « Donde reina la justicia, no es necesaria la fuerza. »

Le ayudaban dos ilustres amigos, Felipe de Mornay, señor de Plessis-Marly, y Maximiliano de Bethune, duque de Sully. El primero, que era un estóico protestante, guerrero consumado, administrador económico, profundo y sincero político, comprendió muy pronto que las virtudes tibias no bastan para contener el desbordamiento de los vicios, y daba preceptos á su rey como un ayo á su discípulo, pero como un ayo lleno de talento y de nobleza (1). Quería disuadir á Enrique de que abjurase, al paso que Sully se lo aconsejaba. Ardiente calvinista, si bien en política era mas tolerante; hombre de guerra, y sin embargo entendido en los asuntos civiles, veía el conjunto de las cosas sin olvidar por esto las minuciosidades, y aconsejaba al rey sin halagar sus pasiones; evitaba las generalidades especulativas para atenerse á la realidad y á lo que le parecía el bien del país; veía tambien la necesidad de ponerse de parte del pueblo para deprimir á la nobleza que se interponía entre este y el rey, y procuraba constantemente hacer economías y ordenarlo todo; cosa tan sumamente difícil despues de tantos abusos y desconcierto que solo su obstinacion hubiera podido conseguirlo.

(1) Durante su embajada á la corte de Enrique III en 1584 le escribía: « Señor, el mismo Dios os ha inspirado cuando tomásteis en Pau la resolución de revelar al rey las conspiraciones que se tramaban contra su Estado, á pesar de las consideraciones políticas que hubieran podido disuadirlo de ello. Desde entónces habéis merecido toda su confianza en un tiempo en que S. A. R., herido de una enfermedad mortal, os deja el puesto de heredero presunto de la corona; pero tened presente que en este momento Francia y Europa tienen fijos los ojos en Vuestra Majestad. Debéis arreglar de tal modo vuestra vida y vuestras acciones, que no solamente no pueda el pueblo reconveniros por nada, sino que tenga que alabaros en todo. Creo, señor, que el rey reconoce vuestro respeto hácia él, los principes vuestra fraternidad, los parlamentos vuestro amor á la justicia, la nobleza vuestra grandeza de ánimo, el pueblo vuestra actividad y deseo de su bienestar, el clero vuestra moderacion, vuestros enemigos vuestra clemencia é indulgencia, y todos hallan en vos un carácter exento de peridia, de disimulo, de deseo de venganza, de rencor; virtudes que son en vos, no adquiridas, sino naturales. Es necesario que vuestra casa muestre esplendor, dignidad vuestros consejos, vuestra persona gravedad y vuestras acciones uniformidad y constancia. Y digo esto, señor, porque hasta ahora se ha contentado Vuestra Majestad con el testimonio de su conciencia para contrarestar la calumnia; pero si este modo de vivir sería propio y conveniente para un particular, el cual no tiene obligacion de dar cuenta mas que de lo que él hace, vos que habéis nacido para todos, debéis tener no solo virtudes y prudencia, sino tambien fama de prudente y virtuoso. Permitted una palabra mas, oh señor, á vuestro fiel servidor: esos amores tan públicos, en que empleáis tanto tiempo, no son convenientes; y ahora importa que hagáis el amor á Francia, y obtendréis de ella favores honestos y legítimos, cuando Dios, el derecho, el órden y la sucesion os llamen al trono. »

Sus Memorias son muy importantes y están llenas de buena fe. Véase tambien á MIRABEAU, *Eloge de Sully*, 1789.

Enrique habia recobrado el reino, pero pobre, dividido, trastornado; gravaban al Estado 330.000.000 de deuda, y sus rentas no pasaban de 30.000.000, gastándose grande cantidad en la recaudacion, y derrochándose tambien mucho con los abusos de los encargados de la hacienda. Para poner remedio, decía Enrique á los Estados reunidos en Ruan: « Si yo quisiera acreditar me de buen orador, os hubiera traído mas bellas palabras que buena voluntad. Pero con preferencia á hablar bien, aspiro al glorioso título de libertador y restaurador de Francia. Ya la he sacado de la esclavitud y de la ruina, con el favor del Cielo y mediante los consejos de mis fieles servidores y de la espada de mi valiente y generosa nobleza; ahora deseo que recobre su fuerza y esplendor primitivo. Tomad parte en esta segunda gloria como en la primera. No os he reunido como mis predecesores para que aprobéis ciegamente mis órdenes, sino para recibir vuestros consejos, crearlos, seguirlos y ponerme, en fin, bajo vuestra proteccion. Tales deseos difícilmente se les ocurren á los reyes, á los viejos ni á los victoriosos cual yo; pero el amor que profeso á mis súbditos y mi ansia de conservar el Estado, me hacen hallarlo todo fácil y honroso. » La asamblea no hizo, segun costumbre, mas que desordenar y tratar de cosas inútiles.

Son muy curiosas las cartas en que Enrique ruega á Sully que forme parte del consejo de hacienda. Despues de tratar de las condiciones generales del reino, añade: « Ahora os diré á qué estado me encuentro reducido: es tal que estando á dos pasos del enemigo, apenas tengo un caballo para combatir, ni un equipo completo: mis camisas están hechas girones; mi jubon deja ver los codos; el gato duerme generalmente sobre el hogar, y hace dos dias que como y cenó acá y allá, porque mis proveedores dicen que no pueden suministrarme lo necesario para mi mesa, con tanta mas razon cuanto que hace seis meses no han percibido un solo sueldo. Y sin embargo, ved si merezco ser tratado de este modo, y si debo sufrir por mas tiempo que los encargados de las rentas y tesoreros me maten de hambre, miétras ellos tienen mesas espléndidas; que mi casa esté llena de miseria y la suya de riquezas; y ved, por fin, si no estáis obligado á venir á asistirme lealmente cuando os lo ruego (1). »

Sully se dispuso en efecto á reorganizar las rentas. En el trastorno universal de la riqueza, producido por el descubrimiento del Nuevo Mundo y por las guerras, era preciso pensar en algun medio mejor de adquirir y retener el dinero y arreglar los impuestos; y nació la ciencia rentística, obra de aquel y del parlamento inglés. Sully fué el primer administrador que no caminó á la ventura; sino que estudió con madurez los recursos y las cargas de Francia,

(1) De Amiens, 15 abril 1596.